



Algunas tesis respecto a la politización del arte - I*

Aleksandr Skidan

La crisis de la institución de la democracia representativa, que ya hace mucho está royendo a los países occidentales, llegó también a Rusia. En lugar de la política en el sentido clásico, vienen el *management* y el *marketing*, diferentes tecnologías de manipulación (como marcador y al mismo tiempo agente de esa tendencia interviene el término «electorado», tomado en préstamo de la sociología). La esfera pública se corrompe y se achata a ojos vista. La ideología del mercado lo somete todo, incluida la producción cultural. Nos convencen para que nos contentemos con la esfera privada, la iniciativa privada (en ese «contentarse» la cacareada autonomía del arte ocupará su lugar de honor).

La otra crisis, la mimética (¿luego se debe imitar a Occidente o no?); si sí, ¿en qué y en qué medida?, ¿cuán lejos debe ir la modernización?, y, en general: ¿quiénes somos?), se puso de manifiesto en la ola de estados de ánimo antioccidentales masivos, provocados por los bombardeos de Belgrado por la OTAN y que condujeron en resumidas cuentas al reemplazo del gabinete y de la política rusa en su conjunto. A los ojos de los politólogos, eso era el fin de una época (de la apología) del postmodernismo, el desencanto con el modelo de la «sociedad abierta» y con toda la política de los «derechos del hombre». Uno de los resultados de la

* «Tezisy k politizatsii iskusstva», en *Chto delat'?*, Petersburgo, nº 1, 2003, http://www.chtodelat.org/index.php?option=com_content&task=view&id=11&Itemid=108

© *Chto delat'?*, 2003, sobre el original; Criterios, 2007, sobre la traducción. Cuando se cite, en cualquier soporte, alguna parte de este texto, se deberá mencionar a su autor y a su traductor, así como la dirección de esta página electrónica. Se prohíbe reproducirlo y difundirlo íntegramente sin las previas autorizaciones escritas correspondientes.

<http://www.criterios.es/pdf/chtodelatskidantesis.pdf>

2 Aleksandr Skidan

reevaluación de los «valores occidentales» fue la renuncia a crear una sociedad civil y el pluralismo en la esfera social a favor de un modelo jerárquico centralizado del poder, que expulsa con dureza cualquier heterodoxia al margen político. Paralelamente, se observa el regreso a una retórica de gran gobierno ligeramente modificada según la fórmula «religión ortodoxa más autocracia más carácter popular», se idealiza el pasado imperial prerrevolucionario (con *El arca rusa* Sokurov le tiende la mano en esto a Akunin), todos se cansaron de las reformas y quieren estabilidad, lo que con respecto al arte y la literatura significa: ningún modernismo, ningunas conmociones; ¿la vanguardia?: —Se puso en una situación comprometida por su vínculo con la voluntad de reestructuración revolucionaria (basta pasar por las salas de la exposición «La vanguardia rusa» en el Museo Ruso, para ver cuán vergonzosamente están siendo borradas las huellas de ese vínculo).

Los avanzados editores de libros van al paso de la globalización: piensan con «proyectos». «Proyecto» es el modo actual de unir los intereses comerciales y los intereses creadores, de darle al producto un aspecto de mercancía, o un «formato»; el «proyecto» es a la vez un envase ideológico y una línea industrial llamada a formar y satisfacer operativamente la demanda de los consumidores. Semejante enfoque ya triunfó en la televisión, en infinitos seriales y la MTV las 24 horas. Los programas de noticias también empiezan a reproducir la estética del clip y de la novela jabonera radial y televisiva.

La actual producción «de formato» es creación verbal funcional, y no bella. Instala la socialidad y le presta servicio. El campeón de la literatura funcional es, sin duda, Pelevin; su éxito legalizó el *dumping*, volvió legítima la política de *dumping* en la esfera del gusto literario.

«La proletarización continuamente creciente del hombre actual y la organización continuamente creciente de las masas son dos costados del mismo proceso. El fascismo trata de organizar a las masas proletarizadas emergentes, sin tocar las relaciones de propiedad, a cuya eliminación ellas aspiran. Ve su oportunidad en darles a las masas la posibilidad de expresarse, pero, en ningún caso, de realizar sus derechos» (Walter Benjamin, «La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica»). En otras palabras, existen contradicciones económicas, políticas, intereses de diferentes grupos sociales, pero, en vez de resolverlas o defenderlos, los canalizamos —en una *Gesamtkunstwerk*, en un espectáculo. Ése es el principio constitutivo del arte fascistoide. En determinado punto —por mediación de las

nuevas tecnologías y los *mass-media* electrónicos— éste empalma con el espectáculo en la concepción de Guy Debord.

El modelo del arte politizado es el teatro de Brecht. Lo que al nivel de la teoría se manifiesta como salto, tránsito cualitativo, en el teatro de Brecht interviene como extrañamiento, cuando la ilusión estética es interrumpida con ayuda de una cesura o una síncopa que introduce el momento de la reflexión y realiza un alto, una suspensión de la dialéctica. Tal estética, que se remonta a la «puesta al desnudo del procedimiento», al «*ostranenie*» de los formalistas rusos, encierra varias funciones: el sujeto se enfrasca mediante la cesura en un movimiento de reflexión, y, al mismo tiempo, la ilusión estética misma, su «naturaleza», se ve puesta en tela de juicio. Así la autorreferencialidad del arte recibe su adecuada encarnación. En cierto sentido, ése es el punto culminante, insuperado, de la reflexión estética, puesto que no sólo supone una autorreflexión, sino que también tematiza la naturaleza autorreferencial del arte. Todas las tentativas radicales en las artes visuales —por ejemplo, Godard— partían de la experiencia de la interrupción, la destrucción de la ilusión estética. No dejar que esa ilusión se solidifique en una totalidad, no darle la posibilidad a la estética de apoderarse del mundo en la representación. Tan pronto el mundo se agarra a muerte en la representación, surge la *Gesamtkunstwerk*: el proyecto totalitario en el que la forma aplasta el material y la materia social misma se desmaterializa. La socialidad, con sus antagonismos y su lucha de intereses, resulta «superada», «sublimada».

Así pues, el arte politizado no debe ser confundido con la agitación o la propaganda; es el arte que a través de la cesura, el extrañamiento, la autorreflexión, la fragmentariedad, el fraccionamiento de la narración, permite revelar los intersticios asemánticos, pliegues del sentido, de los que la ideología aún no se ha apoderado. El arte que hace participar al espectador y al lector en un proceso de cocreación-formación y que, con ello, los conduce a la comprensión de que están ligados a los cuerpos y las conciencias de otros.

Crecimos en una situación en la que lo actual era escaparse del sometimiento al poder de los cuerpos colectivos, evitar la despersonalización. Pero hoy el desenvolvimiento de la despersonalización es otro, pasa por la concretización de todo, por el intercambio de mercancías, el consumo de imágenes, el terror de los *mass media* y el encierro obligatorio en la esfera privada (como en un ghetto). En las condiciones de la invasión de la mercancía con su fetichismo y ardides teológicos, el arte también es sometido

4 Aleksandr Skidan

a cosificación, convirtiéndose en una máquina que produce sentidos culturales listos, que prestan servicio al *statu quo*.

Es necesario destruir los sentidos culturales listos, subrayando la condición escindida, la no integridad propias. Una pregunta aislada: ¿De qué manera politizar la no integridad propia? Porque somos seres no íntegros, desde el principio mismo colonizados por otros, por su discurso. Pero también estamos vueltos hacia los otros. Nuestro problema es la frustración con el colectivismo soviético. Desde la infancia llevamos dentro el pathos de la no aceptación de lo colectivo, pero junto con lo colectivo suprimimos la solidaridad, la compasión, la justicia, la posibilidad de comunidad.

Tómese, por ejemplo, *Pierrot le fou*, o *Weekend*, o *Le Gai Savoir* de Godard, un filme sobre mayo del 68. Dos «personajes», un hombre y una mujer, discuten los acontecimientos de actualidad sobre un fondo de consignas revolucionarias, aparecen retratos de Stalin, Lenin, citas de *La grammatologie* de Derrida, de los trabajos de Foucault, y todo está permeado por fluidos extraños, incomprensibles para el espectador, eróticos. El material de video trabaja como síncope, cesura: las acciones callejeras colectivas e inmediatamente un cuerpo desnudo solitario o un fragmento de él. Ésa es una ruptura brechtiana, benjaminiana, en el tejido estético, ruptura que nos vuelve hacia la realidad y a través de la realidad de nuevo hacia el arte, porque nos hacemos la pregunta: ¿y qué es el arte?, ¿por dónde pasan las fronteras de lo íntimo y lo público?

La disposición del capitalismo, cuando todo se convierte en todo, cuando todo es sometido a reemplazo, activa la añoranza de algo absoluto, que no pueda ser convertido en mercancía. Con esa añoranza juegan todas las estructuras totalitarias, desde las sectas religiosas hasta los extremistas políticos; ellas bajan de lo alto ese absoluto. El papel del intelectual, del artista, consiste en desconstruir esos discursos despóticos bajados de lo alto, que pretenden representar el absoluto, pero, al mismo tiempo, en la búsqueda de los puntos en que la dimensión de lo trascendente, o de lo sacro, rompe la contigüidad horizontal de los valores, señalando en dirección de lo que no se inscribe en una economía limitada (capitalista). Al igual que el erotismo, la risa, el gasto sin objetivo o el sacrificio de Bataille, que él considera como necesidades, fundamentales, inalienables, del hombre.

Traducción del ruso: *Desiderio Navarro*